

Si acaso entre negros males,  
Se desvanece el albor  
De tu ensueño encantador,  
No me castigue tu olvido,  
Pues lo que por tí he sentido,  
*No es amor, y es más que amor . . . .*

Las palmadas, las lágrimas, los encargos á México de las muchachas, las recomendaciones de misas á la Virgen de Guadalupe, á la de la Soledad de Santa Cruz y á la Divina Infantita de las ancianas, y los pedidos de juguetes de los niños, terminaron la escena.

Díjese al cochero que me llevase á la calle de Franklin, casa opulenta de distinguida educacion.

En medio del jardin está la casa blanqueando, con su pórtico de ligeras columnas. Cerca el jardin un pulido barandal de fierro. Grandes y frondosos árboles se agrupan á la entrada y al rededor de la casa. Hay su fuente con pescados de colores y su *kiosko* para las lecturas solitarias.

La casa es, con poca diferencia, como las ya descritas; con la circunstancia que de un lado del pasadizo hay un extenso y elegante salon, y del otro, la asistencia y el comedor, divididos por el tabique corredizo que ya conocemos.

La familia es mexicana, la señora de la casa conserva culto profundo por México y acoge y mimaba con su amistad á personas mexicanas.

La niña, que es un encanto de virtud y hermosura, conserva el tipo de México, pero como desvaneciéndose entre nieblas alemanas y perdiéndose en la bruma del Niágara.

Lo más seductor en T\*\*\* es su inocencia, inocencia alegre, franca, ingénuas: la gentil doncella, juega con las niñas,

monta á caballo y maneja las riendas de su carretela, y no va á más; ni tira la pistola, ni tiene aspiraciones á invadir la educacion masculina.

La señora, repetimos, es mexicana; la niña rinde culto á los recuerdos de la mamá; pero nacida en California y educada en Alemania, sus relaciones son en mucha parte de americanos, ingleses, alemanes, siempre, por supuesto, imperando nuestra tierra en la casa.

Las tendencias y tradiciones que hemos apuntado, producen encuentros deliciosos: yo he visto en una rinconera el busto de Escobedo, mano á mano con Bismark; casi del brazo á Zaragoza con el baron de Humboldt, y departiendo en una consola á Juarez, nada ménos que con San Patricio, como si fueran los mejores amigos del mundo.

A mi llegada, un jóven Arrillaga, eminente artista, tocaba el piano; varias jóvenes, con sus delantales albeando, fabricaban bizcochos, y la señora iba y venia, teniendo sobre la mesa canastos, botiquines y un precioso neceser de viaje.

Un polaco amabilísimo y de vasta instruccion, era el ayudante de campo, en union de Ferrer, el artista celebrado del Club Hispano-Americano.

A mi llegada, tocó diana el piano y la señora se adelantó á recibirnos.

—Vea vd. en lo que nos han metido vdes.: todas trabajamos.

—Pero, señora, por nosotros!

—¿Cómo es eso? ir á pasar esos desiertos, sin un trago que beber, cuando muchas veces no se puede uno apearse en la estacion, eso no era posible. . . . vea vd., estas son carni-



tas frias, este garrafon contiene Jerez; vea vd., aquí pan, mantequilla. . . .

—Pero. . . .

Y sin dejarme concluir, me dijo:

—Esta botellita es árnica, aquí tiene vd. su letrero; esta es álcali; vea vd., aquí, carbonato, polvos de Sedlitz: vea vd., con este aparatito se calienta agua, este es el alcohol para la lamparilla. En todo esto deben ir los bizcochos que están haciendo las niñas; pero economicen vdes.: cuando haya qué comer, no apelen al repuesto.

Y todo estaba previsto, todo era tan oportuno, tan cuidadoso, tan tiernamente delicado, que parece que nuestra misma madre se habia encargado de aquellos cuidados.

Era forzoso volverse todo corazon y amar, amar mucho á quienes así nos amaban, porque la gratitud, la simple gratitud, es la contribucion oficial de los tontos y el hilo sin anzuelo que queda en las manos de los ingratos.

Amar es otra cosa.

Incorporéme á los trabajadores: Tulita mandó el coche por sus amigas, y se instaló, sin quererlo, una tertulia, sin pretensiones de tal, de las más agradables, mientó, de las más deliciosas que se puede imaginar.

Alternaban Arrillaga y Ferrer tocando divinidades; el polaco y un hermano de la señora distribuian obsequios, respetando el haber de los viajeros, y las chicas, realmente con la masa en las manos, se acercaban al piano á interpretar á Verdi, á Mozart y á Wagner.

Por supuesto, frente á mí llovieron los Albums, y aunque supliqué á las señoritas me diesen copia de mis versos, solo dos de ellas lo hicieron, y allá van:

## A TULITA.

¿A qué perturbar tu sueño  
Y tu sonreír halagüeño,  
Con mi doliente cantar?  
Ni tu existir que se mira,  
Que entre alegres flores gira  
Con tranquilo murmurar?

Sigue viendo embelesada  
De tu vida la alborada  
En el limpio cielo azul.  
Y entre celajes de gasa,  
Como blanca estrella pasa  
Con tu corona de luz.

Vive erguida, fresca rosa,  
A la sombra deliciosa  
Del amparo maternal.  
Y como segura nave,  
Deslízate en vaiven suave  
Sobre lagos de cristal.

Piensa en hermosos jardines  
De azucenas y jazmines,  
En palacios de zafir.  
Y los cielos contemplando,  
Vé los párpados cerrando  
Y sonriéndote al dormir.



¡Oh! qué dulce es la existencia  
 Cuando la dulce inocencia  
 Abre de armiño su flor,  
 Y en el horizonte bello  
 Vemos el primer destello  
 De nuestro primer amor.

Ya que te pinto dormida,  
 Responde: ¿es cierto, mi vida,  
 Que se sueña en la niñez,  
 Con un mundo de ilusiones  
 En el que no hay nubarrones  
 De espantosa lobreguez?

¿Es cierto que nunca el daño  
 Percibimos, ni el engaño  
 En amor y en amistad?

¿Y creemos que eternamente  
 Hay juventud en la frente  
 Y en el corazón bondad?

¿Que si angustias nos desvelan  
 Hay almas que nos consuelan  
 Con encantador afán?

¿Y no falta techo amigo,  
 Que nos dé amparo y abrigo  
 Cuando ruge el huracán?

Si es verdad, guarda tu sueño  
 Y no pidas con empeño  
 Sus notas á mi cantar.  
 Que si mis trovas oyeras,  
 Tal vez, ¡oh niña! supieras  
 Que se llora al despertar.

#### EN EL ALBUM DE MARIA PISIS.

Luciente apareciste en mi existencia:  
 Como pasó fosfórica la luz  
 Que deja la ola en la desierta playa,  
 Así pasaste tú.

Y fué tan puro su fulgente brillo,  
 Y tan feliz me ví con su fulgor,  
 Que al hundirme en la sombra de la ausencia  
 Desgarra mi alma tu doliente "adios."

A la algazara sucedió el silencio, la respiración tenía humedad de llanto, quería sagaz el ingenio distraernos y caía en frío el chiste más agudo, y las notas alegres de la música eran como cantos de febricitante, que más atormentan mientras calumnian á la felicidad.

Sombras de muerte proyecta tras de sí la ausencia; lo que nos rodea deja de existir, se va, se borra, no vive de



nuestra vida, no flota nuestro yo en esa atmósfera. Extraemos nuestro cadáver del seno de los que amamos, y el recuerdo no es más sino el esqueleto también de la vida real: es lo que el humo á la llama . . . . .

.....  
 .....  
 —Cohero, calle de Fulson.

Era la casa del Sr. Andrade un rincon de México, mejor dicho, un oasis de México.

El Sr. Andrade, como la familia Carrascosa, como los Sres. Gaxiolas, Labiagas, como muchos, conservan por México vírgenes sus afectos, cuidan su nacionalidad intacta, espían los acontecimientos de la patria, enorgulleciéndose con sus glorias, llorando sus infortunios, fanatizándose por ella, porque amar á los padres y á la patria es persuadirnos de que la que nos dió el sér es la más grande, la más bella, la más adorable de las patrias. Todo lo demás son cuentos, como diría el amigo Carrascosa.

En la casa del Sr. Andrade se forma patria á todos los mexicanos que llegan á San Francisco, y se disfruta de la más cordial acogida.

Andrade y su familia se saben convertir en servidores de cuantos favorecen su casa, y para todo el mundo tienen agasajos y finezas.

Allí pude contemplar á las mujeres privilegiadas de Sonora y Sinaloa, espléndidas como sus mares, dulces y melancólicas como el crepúsculo de su cielo occidental.

Pálidas y amorosas como elegidas para recoger las últimas miradas del padre de la luz. Sobre que son lindas, ¿para qué me he de devanar los sesos haciendo inventarios?

La casa de mi tocayo estaba literalmente invadida por sus amigos, y él, verdaderamente en sus glorias.

Los hombres bebíamos en el comedor, disputábamos en el cuarto para fumar y nos agolpábamos á los tránsitos; las señoras cantaban, tocaban excelentes artistas y reinaba por todas partes esa finura desembarazada y generosa que tanto halaga y como que perfuma y ennoblece todas nuestras acciones.

Volvieron á aparecer las señoritas Rotanzis á mi vista deslumbrada, y volví á admirar sus gracias; la única sombra que para mí tuvo el cuadro, fué la ausencia de Chonita Ramirez, de Virginia Sleiden y de unas judías. ¡Oh, qué judías! . . . . Solo Dios, Dios nuestro Señor, pudo haber estado en aquellas tierras, sin apasionarse como un desesperado, y dejar al género humano que se lo llevase el demonio: al fin, para el pago que sacó . . . . .

Nada de disparates; pero quién está en sus cabales con aquellas judías?

¡Qué breves pasaron aquellas horas! ¡qué rastro de luz producen en mi alma aquellos recuerdos! . . . . .

Y á propósito: ya se deja entender, la mitad del tiempo lo pasé yo frente á los *Albums*, que eran mi tormento.

Habia en aquella familia á quien debí tantas finezas, una señorita, dije mal, un arcángel amantísimo á la poesía.

No era una mujer, era la vibracion de una queja; era un sollozo que temblaba en los labios de la vida, para desvanecerse en una sonrisa de muerte.

Era como la oscilacion de un rayo de luna entre las inclinadas ramas de un sauce, y parecia su rostro reflejar la agonía de una llama perdiéndose en un horizonte lejano.